



Geografías del cuerpo, espacios del alma en la poesía de Rosa Díaz

Me recorro y aprendo a conocerme.
("Adagio para soledades")

La plurisignificación que el vocablo *espacio* ofrece y la importancia que junto al concepto *tiempo* adquiere como fuente de conocimiento a causa de la función estructurante de la realidad que poseen ha sido subrayada por filósofos y estudiosos, entre ellos Ricardo Gullón quien al analizar los "conceptos de la espacialidad"¹ presta atención a los "espacios simbólicos" por considerar que "mediante ellos, lo oculto se hace tangible y visualizable lo invisible" (p. 23). En el ámbito de la poesía estos espacios crean una atmósfera emocional en la que se entrecruzan los referentes espaciales y los simbólicos, creando una nueva realidad ante la que el lector reacciona de la mano de la voz poética, instrumento del autor; por ella "existimos en el texto y en él desempeñamos una función insólita y vitalizadora" (p. 42): nuestros ojos dan a sus signos significado.

Los estudiosos de la poesía de Rosa Díaz (Sevilla, 1946) han señalado como nota relevante de sus textos la fuerte vinculación existente entre el espacio textual de los mismos y las referencias topográficas y biográficas de sus etapas "sensitivas" o "de la experiencia"², convertidas al correr de sus poemarios en cronotopos (Bajtín) fácilmente identificables en las relecturas o reinterpretaciones que de las mismas viene a hacer la autora en poemas de contenido "neosocial" -*Monólogos con la SE-30*, *El color de la sangre de las princesas* -, para los que se sirve a veces de un vocabulario rupturista por "callejero" o insólito, porque "lo irracional puede ser también lo más razonable"³- y también en aquellos poemarios más recientes en los que pretende alcanzar la sublimidad poética mediante la fusión de la ética con la estética -*Gata mamá*, *Hiel de abejas*-, bajo la cobertura de la poesía experiencial.⁴

Abordamos aquí el estudio de una faceta concreta de esta poesía: cómo el "yo" -cuerpo y espíritu- puede desempeñar simultáneamente las funciones de sujeto y objeto poético que emprende el recorrido desde una geografía del cuerpo hasta llegar a convertir recuerdos, experiencias, sentimientos... en espacios de alma creados por su palabra: "El verbo habitó entre nosotros", en *Los campos de Dios*⁵. Son las propias vivencias, la cotidianeidad revisitada y por ello con frecuencia reinterpretada, las que trazan los límites de su geografía literaria que no solo no desdeña los límites de su naturaleza física reflejada en espacios simbólicos que aportan nuevos significados superpuestos, sino que incluso les encomienda la responsabilidad de no quedarse en meros instrumentos de comunicación, en pretexto baladí particular y personal constreñido a la propia biografía, obligándolos a trascenderse a sí mismos, transmutados en espacios de alma trascendentes y universales. Estos nuevos espacios presentan con frecuencia una interdiscursividad visibilizada por ejemplo en elementos geográficos

¹ Ricardo Gullón: *Espacio y novela*. Barcelona, Antoni Bosch, 1980.

² José M^a Barrera: "Introducción a *La palabra vivida*. Sevilla, ed. Point de Lunettes, 2005.

³ Rosa Díaz: "Poética, en *La palabra vivida*, p. 379.

⁴ J. Cenizo, Juan M. Romero, Luzmaría Jiménez Faro entre otros han hablado de la "itinerancia vital" como nota identificativa de la poesía de Rosa Díaz.

⁵ Versión de *La palabra vivida*, p. 374. en *Los campos de Dios* la autora retoma ciertos aspectos de la metafísica de *Tenebrario*.

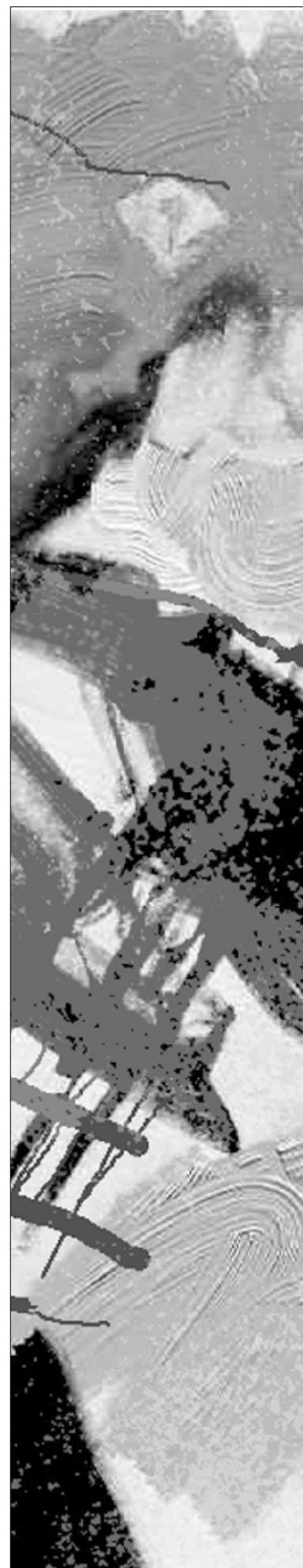
urbanos⁶ –“De Gravina a Santa Cecilia”, de *Cuarto de los humildes* (p. 149); “La doncella cincelada”, es decir Sevilla (p. 109); la playa de Rota-; otras veces se trata de espacios domésticos –“Patio de Albaida” de *Casacripta* (p. 88)-; los cuerpos jóvenes (p. 115), o los añorados o imaginados en biografías oídas una y otra vez –“El arca”, “Daguerrotipo”, Foto de novia”, “La caja de la carne de membrillo” y otros de *Gata mamá*- convertidos en topogramas temáticos – muchos poemas de *Tenebrario (o puerta del Norte)*-.

Entre las múltiples y ricas fuentes en que bebe Rosa Díaz, el mentor estelar que la ilumina, la deslumbra y la acompaña en el descubrimiento de su propio “espacio”, horizonte y tonos poéticos es su “otro Juan”, Juan Ramón Jiménez, cuyo *Espacio* es el texto matriz en el que se reconoce. Como en el poeta onubense, la aspiración a la perfección poética está presente desde el principio: “Quisiera esterilizar mi pensamiento. / Quisiera hervir mi mente / y desprovocerme de todos los virus / que contraje” (*Inventario interior*, p. 60) y su actitud se manifiesta en tono de reafirmación personal. La voz poética sorprende pronto por su voluntad de individualización por medio de la palabra, del “decir” como espacio poético: “busco palabras como soles. / Palabras como los incendios del corazón” de *Perfecto amor* (p. 213), si bien haya que llegar a las páginas de *Juan-Juan* para leer lo siguiente: “Tendría que decirte que no quiero que se me llame lírica, ni poeta, ni ñoña; porque todo eso me suena a lo mismo. Soy la que soy. Una mujer que escribe directa y en directo. En quinta marcha ¡vamos!, y deja tras de sí como una confusión” (“Meditando”, p. 208).

Como hiciera Dios Padre con Moisés al definirse como “Yo soy el que soy” (Éx. 3, 13-14), Rosa Díaz parafrasea el texto bíblico y se corporeiza ante sus lectores a pecho descubierto, sin falsas modestias ni fingidas humildades, tan lejana de las poetisas decimonónicas temerosas de mostrar sus habilidades, atreviéndose, además, a reivindicarlas; se vanagloria de conducir a los lectores de su poesía desembarazadamente, en la quinta velocidad, hacia una meta imprecisa; dice escribir “directa y en directo”. En la travesía poética de la autora, hasta *Los campos de Dios*, lo importante parece ser *hacerla*, el interés reside “en el camino”, *in the road*: “no soy presente solo, sino fuga raudal de cabo a fin” (*Espacio*): con un objetivo final perseguido que es, como en Mallarmé, *l’Azur*. Sus poemas aspiran a ser “catarsis para alcanzar lo esencial e ir a lo profundo del sentimiento colectivo que llevamos aprehendido en los genes”, por eso también dice: “confieso que la palabra vivida me ha ido desgastando restauradoramente”... ¿Dónde radica entonces esa “confusión” que confiesa dejar tras de sí?

La respuesta parece estar en el cambio radical que creemos ver en el poemario *Los campos de Dios*, el monólogo unitario que publica en 2007, con significativas variantes advertidas por Elena Barroso respecto de los poemas sueltos bajo igual título de *La palabra vivida*. Rosa Díaz ha conseguido desprenderse de lo particular convirtiendo su voz poética en instrumento de un mensaje universal: El desdoblamiento especular de esa Mujer/tu/yo permite al lector participar en el debate entre la Luz y la Sombra, la Vida y la Muerte, a la vez que presenta la culminación reflexiva del combate emprendido entre el Silencio y la Palabra, del que sale victorioso el “animal de agua” atemporal y magmático presente ya desde el origen de los tiempos en el estrecho recinto de

⁶ “Por eso he vivido en calles que no pisé”, de “El enredo” en *Gata mamá*, p. 289, convertido en himno a la genealogía femenina.





un útero femenino, sujeto de violencias pasadas, presentes y futuras, obligado a dormir con su enemigo, engendradora de hijos “hasta un futuro donde jamás seré invitada” (p. 32).

Como apuntamos más arriba, el mapa físico de Rosa Díaz arranca desde un momento anterior a su nacimiento, en una batalla de supervivencia ganada en buena lid: “Yo soy aquel esperma / que ganó la batalla / y el óvulo fue mío” (*La célula infinita*⁷, p. 55), versos donde se advierte la fuerza y la audacia espiritual que caracterizarán sus poemarios así como también cierto distanciamiento lírico-narrativo, otro de los constantes recursos poéticos de la autora, que gusta transmitir un determinado estado emocional sirviéndose de un sistema léxico referencial que supedita la connotación a la imprecisión de lo aludido, suficiente no obstante para ratificar la aserción identitaria que tantas veces será defendida por la poeta con la pretensión de conducir al lector por sus “galerías del alma” (Antonio Machado).

Admitiendo que la escritura consiste en la manifestación de estados de la conciencia, en pocos escritores como en Rosa Díaz estos “estados”, bien sea de mente, bien de espíritu, correlacionan tan intensamente la realidad y su “textualización”; el espacio hecho de palabras pone en relación lugares, seres y objetos del entramado del texto (Francisco Ayala⁸); para su consecución la autora recurre con frecuencia a las ricas posibilidades que le ofrecen las referencias intertextuales ya provengan de ámbitos culturalistas clásicos, los deslumbrantes orientalistas, los neobarrocos, vanguardistas, o los nacidos a la intemperie de un moderno urbanismo inexpressivo. Cualquier espacio, cualquier recurso literario es admitido en la arquitectura textual en que consiste el *corpus* poético de nuestra autora, para quien el paso del tiempo y el tiempo mismo vivido individualmente en soledad hace posible la superación del desierto de la vida: “Larga es la hora del sufrimiento. Horroroso el espejo donde posamos la vejez” (*Los campos de Dios*, p. 34).

También juega un importante papel la emotividad, de ahí la gran floración de sensaciones –placenteras, trágicas, exultantes, desoladas...- motivadas por la pasión, el odio, el desdén, la rebelión... A estas emociones la autora da rienda suelta, sin que la coarten tabúes culturales, léxicos o estéticos, pues se trata de la manifestación de sus sentimientos personales ante los que reacciona con cuerpo y alma. Cambiará la forma de manifestación de las mismas: más directa y convencional en algunos poemarios y más condensada en otros especialmente al aproximarnos a los últimos; por ello las facetas elegidas son variadísima dentro de una misma temática, y así lo erótico-amoroso se manifiesta unas veces complacido en el goce –“Patio de Albaida”, (p. 88)-; o bien por el contrario se acoge en “La viscera de cristal” a la desesperación de un *amour fou*, (*Perfecto amor (o hielo picado)*, pp. 210-211)-. En otras ocasiones reacciona solidariamente frente a una sociedad urbana deshumanizada, como en *El color de la sangre de las princesas*, donde cada poema es el eslabón que marca un hito en la escala de valores de la sociedad contemporánea por cuya pasarela desfila toda una fauna humana visibilizada por la palabra de Rosa Díaz, sacada del gueto y de la marginalidad, que no conoce más ley que la de la calle o las de las guerras –“Breviario de silencio”, de *Hiel de abeja*, (p. 332), tan acerta-

⁷ Este es el primer que escribe Rosa Díaz siendo muy joven, si bien no llega a verlo publicado hasta sus 33 años.

⁸ *Apud* Elena Barroso: “Comunicación literaria y espacio”, en <http://hum550.net/index.php?page=comunicacion-literaria-espacio>

damente representada por esas princesas cuyas manos: *acarician los frutos de sus vientres, porque de ellos saldrá la razonable dentellada de todos los desiertos* (“Las confabulaciones”, pp. 259-260).

En algunos poemas pudiera detectarse un descriptivismo superficial, lo que venimos considerando “geografía de los cuerpos”, que sin embargo remite a una significación estructuralmente profunda –los “espacios de alma”–, protagonizada con frecuencia por la conciencia de soledad y vacío existencial: “Sentirse sola / no es estar a solas. / Rodeada de gente / se vive en soledad infranqueable” (“Adagio para soledades”, p. 63); a esta soledad la autora no encuentra remedio ni en el amor ni en la solidaridad llegando los cuerpos a ocupar “no lugares”, quedándose “prendidos al espacio”, si bien separados por un abismo de insatisfacción y premonición de muerte y donde el espíritu enamorado permanece “buscando las caricias que no tengan / cenizas en el dorso de la mano” (*Del amor sin dermis*, p. 56); otros muestran al hombre moderno deshabitado y demediado (Italo Calvino) en su otro “yo” apenas entrevisto, enfrentado a la necesidad de tener que elegir entre el compromiso que le desvela la visión dantesca –“el embudo de Dante”– u optar por abdicar “de la lágrima o de la esquizofrenia”, para seguir habitando ovejunamente en la cotidianidad y procediendo tranquilamente a beberse “la cerveza y la aspirina a tiempo; / se ponga el maquillaje y, en fin, sigas andando” (*Del amor sin dermis*, p. 61).

Los poemas de Rosa Díaz aparecen con frecuencia insertos en el medio natural en que la autora ha venido respirando, viviendo, protagonizando su experiencia vital. El recurso ha sido explotado al máximo por la poesía de mujeres, circunstancia que no desmerece la originalidad de la escritora: una atmósfera física y moral impregnan sus poemas, determinan las distancias físicas y psicológicas, sirviéndose para ello y según la ocasión lo precise, de los presupuestos de la “retórica de la sencillez” mediante el recurso a los conversacionalismos, la acumulación de detalles, la ironía... o en el polo opuesto, eligiendo reminiscencias cultas donde proliferan las bimetraciones, paralelismos, polysíndetos, así como también las metáforas, e imágenes propias de las figuraciones simbólicas de prosapia culta, mítica, mágica, donde se corporeiza lo fantástico y laberíntico, recursos todos mediante los cuales la autora consigue fácilmente la transfiguración de lo simbólico en realidad o viceversa, permitiendo que el lector se deje absorber inconscientemente por el espacio de lectura y, una vez dentro del texto, alcance a dar significado propio a las figuraciones simbólicas ante las que lo sitúa la palabra poética.

Si partimos de la agrupación en etapas estilístico-cronológicas que José M^a Barrera ofrece en su estudio introductorio a la edición de *La palabra vivida*, comprobamos la persistencia de topogramas temáticos constantes y simultáneos a la evolución formal y estilística de la poeta, sin que exista ruptura ni antagonismo entre cada uno de estos bloques poemáticos. Se observará por el contrario cómo el conjunto total resulta ser prueba fehaciente de la natural evolución hacia la madurez de una escritura que se va haciendo progresivamente, que va adquiriendo sus aristas poéticas a tenor de las necesidades expresivas de la autora, nunca reclusa en la torre de marfil y sí puerta abierta a todas las corrientes y vicisitudes del ser humano que, armada de la Voz, vence al Silencio con la Palabra a la que hace salir de su morada interior en un acto valiente y solidario: *Entonces, abro la puerta que da al mar y llego a la primera ola que une mis pies con los océanos. Miro la curva del agua que el camino del viento ha decidido y la sigo como una profecía.*

